

Documento

Primero se recibieron las fotos, horriblemente macabras: más de 900 cadáveres, entre ellos los de 260 niños, amontonados alrededor de un bidón de veneno. Luego llegaron los relatos de algunos supervivientes de aquella catástrofe. Pero el mes pasado, la matanza de Jonestown, ocurrida el 18 de noviembre de 1978, en plena selva de Guyana, cobró una dimensión nueva y personalizada. Sentados ante sus aparatos de televisión, millones de norteamericanos pudieron escuchar, horrorizados, las últimas palabras de aquellos compatriotas suyos que iban a suicidarse colectivamente, "guiados" por su líder espiritual, Jim Jones.

La cadena NBC difundió una grabación sonora en la que se oye cómo el "reverendo" Jim Jones suplica a sus discípulos que "mueran dignamente", tomando un refresco en el que se habrá disuelto previamente cianuro. Entre los fieles de esa secta, fundada en California y cuyos miembros vivían miserablemente de los productos del suelo de Guyana mientras enviaban millones de dólares a unas cuentas secretas en Suiza, hubo alguien que registró, en banda magnética, los cuarenta y tres últimos minutos de la existencia de la colonia. Esa banda fue hallada por

un agente consular americano destacado en Guyana, que la envió al FBI. Las autoridades de Guyana recibieron una copia. Pues bien, aunque ni Guyana ni el Ministerio de Justicia norteamericano autorizaron su publicación, pronto se descubrió que las copias proliferaban. La obtenida por la revista norteamericana "Time" —de donde ha sido extraído el documento que publicamos— revela que la orden de morir lanzada por Jim Jones no fue recibida con el mismo fatalismo por todos los miembros de la secta y que encontró incluso cierta resistencia obstinada en algunos.

Jones reunió a sus discípulos inmediatamente después de la visita de un político californiano, el congresista Leo Ryan. El jefe del Templo del Pueblo se indignó al enterarse de que una veintena de sus fieles habían pedido a Ryan que los ayudase a escapar de la colonia. El grupo de Ryan y los "desertores" habían dejado Jonestown para subir a bordo de dos aviones situados en una pista próxima. Jones sabía que los miembros de su grupo proyectaban matar al piloto de uno de los dos aviones, pero, al comienzo de la grabación, ignora todavía que Ryan y cuatro de sus acompañantes han sido objeto de una emboscada en el aeródromo y asesinados.

GUYANA STORY: los que se negaban a morir

JONES.—Estamos sentados sobre un barril de pólvora. Estamos esperando la catástrofe que va a producirse en uno de los aviones... porque va a haber una catástrofe. Estuvo a punto de ocurrir aquí cuando el congresista se salvó de la muerte por los pelos. (Un miembro de la secta se había abalanzado sobre Ryan con un cuchillo.) Imposible salvarse con los niños sin provocar reacciones violentas. (Había entre los "desertores" algunos niños, alguno de cuyos padres había decidido quedarse.) Nos han traicionado de modo odioso. Dentro de unos minutos, uno de los pasajeros de uno de los aviones matará al piloto. Lo sé. No fui yo quien dio la orden, pero sé que va a ocurrir. Tenemos interés en que no queden niños aquí cuando todo esto termine. Porque nos van a enviar paracaidistas. (Jones temía represalias del Ejército de la Guyana.) Sed, pues, amables

con los niños y también con los mayores, y tomad la píscina como la tomaban los antiguos griegos. Hay que serenarse. No se trata de un suicidio, sino de un acto revolucionario.

CHRISTINE MILLER (miembro de la secta).—¿Es demasiado tarde para Rusia? (La colonia había considerado la posibilidad de refugiarse en la URSS si la vida en Guyana se hacía demasiado difícil.)

JONES.—Es demasiado tarde. No puede controlar a esa gente. Se han ido y están armados. Demasiado tarde.

C. MILLER.—Propongo un puente aéreo con Rusia. No hay nada imposible cuando se tiene fe.

JONES.—¿Cómo vamos a establecer un puente aéreo con Rusia?

C. MILLER.—Creía que los rusos le habrían entregado un código para que se les avisara en caso de peligro...

JONES.—No. (Sin duda

para tranquilizar a su interlocutora, añade que podría intentar ponerse en contacto con los soviéticos, aunque duda que eso sirva de algo.) Para mí la muerte no es nada temible. Es la vida la que es una maldición. No vale la pena vivir así.

C. MILLER.—Pienso que los que se han ido no son lo suficientemente numerosos como para que doscientas personas se sacrifiquen por ellos.

JONES.—¿Sabes cuántos son?

C. MILLER.—¡Oh!, unos veinte. Muy pocos comparados con los que quedamos aquí.

JONES.—Unos veinte. ¿Pero qué pasará cuando se sepa que finalmente no se marcharon? ¿Cuando se estrelle el avión en que se han embarcado? Porque ese avión va a estrellarse. Un avión no puede volar sin piloto. ¿Creéis que Rusia querrá saber algo de nosotros una vez que aparezcamos marcados con seme-

jante estigma? Antes teníamos algún valor, pero ya lo hemos perdido.

C. MILLER.—No opino así. Me parece que mientras haya vida hay esperanza.

JONES.—Todos tenemos que morir. Jamás he conocido a nadie que fuese inmortal. Y por una vez me gustaría ele-

Jim Jones, el fundador de la secta.



gir la forma de morir. ¡No puedo soportar más esta tortura! ¡Es demasiado! (Aplausos.)

C. MILLER.—Yo veo a todos estos niños y pienso que merecen vivir.

JONES.—¿Acaso no merecen mucho más que eso? ¡Merecen la paz!

C. MILLER.—Como individuos, todos tenemos derecho a escoger nuestro destino. Tengo derecho a escoger el mío y cada cual tiene derecho a escoger el suyo.

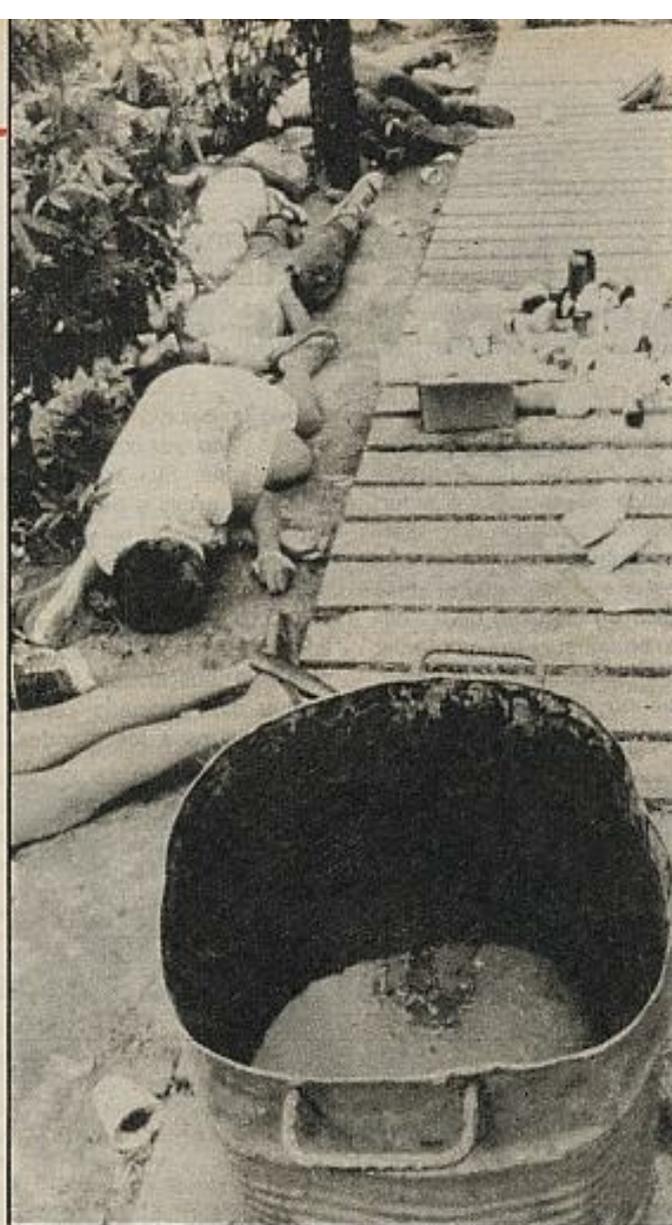
JONES.—El mejor testimonio que podríamos dar consistiría en abandonar este sucio mundo. (Aplausos. Entre la multitud se organizan otras discusiones. La voz de Jones, muy seguro de sí, comienza a elevarse.) ¡Silencio, todos! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Dejad vuestra carga! ¡Dejadla junto al río! (Referencia a "Down by the riverside", espiritual negro.) ¿Depositaremos aquí nuestra carga, en Guyana? Lanzarán a sus paracaidistas, que matarán a nuestros bebés inocentes. ¿Os dejaréis arrebatar vuestros hijos?

VOCES.—¡No! ¡No! ¡No!

UN HOMBRE.—¡Estoy dispuesto a partir! ¡Si nos decís que hemos de sacrificarnos ahora, estamos dispuestos! ¡Todos los hermanos y hermanas están conmigo!

JONES.—He intentado impedir este desenlace. Pero veo ahora que la voluntad del Ser soberano es que entreguemos nuestras vidas como señal de protesta por lo que se ha hecho. Si vienen a buscar a nuestros hijos y si les entregamos a nuestros hijos, éstos sufrirán eternamente. (En este momento aparecen algunos discípulos, que regresan del aeródromo e informan a Jones que el congresista Ryan ha sido muerto.)

JONES.—Os invito a tomar la medicina. Es muy sencillo; no hay convulsiones. Tomadla, por favor. Antes de que sea demasiado tarde. El Ejército de Guyana llegará pronto. Vamos, vamos. No tengáis miedo a morir. ¿Vais a disociaros de quien ha matado al



Las fotos del suicidio colectivo de los miembros de la secta del Templo del Pueblo dieron la vuelta al mundo.

congresista? No sé quién ha sido, por otro lado.

VOCES.—¡No! ¡No! ¡No!

JONES.—¿Cuántos muertos ha habido? (Uno de los que acaban de regresar del aeródromo anuncia que han sido muertas otras personas.) ¡Oh, Dios, Dios todopoderoso! ¡Es demasiado tarde! Todos han muerto. Os lo ruego, daos prisa en tomar la medicina.

UNA MUJER.—¡De acuerdo! No hay razón alguna para preocuparse. Que todo el mundo esté tranquilo. Tratad de tranquilizar también a los niños. Hacedlos venir y procurad calmarlos. (Se administra el veneno a los niños.) No lloran de dolor. Es que la bebida tiene un gusto un poco amargo.

JONES.—Sólo resulta duro al comienzo. La vida es mucho, mucho más difícil. Levantarse por la mañana sin

saber qué le deparará a uno la tarde.

UNA MUJER.—No hay razón alguna para llorar. Deberíamos, por el contrario, estar alegres. Veo a demasiadas personas llorando. Por favor, dejad de llorar. (Aplausos.)

JONES.—Por favor, por el amor de Dios, ¡acabemos de una vez! Hemos vivido como nadie más ha vivido y amado. Hemos obtenido de este mundo todo lo que podíamos obtener. Acabemos de una vez. Deseo veros partir. Que me cojan y hagan conmigo lo que quieran. No puedo seguir viéndoos vivir en este infierno. Nunca más.

UN HOMBRE.—Cuando veo a esos niños tendidos ahí, pienso que eso es preferible a verlos morir como judíos de una muerte lastimosa. Como ha dicho papá (así es como llamaban los fieles a Jones),

cuando lleguen, matarán a todos nuestros hijos. Y harán de los que capturen, adultos embrutecidos; no permitirán que se conviertan en personas auténticas como el único e irreplicable Jim Jones. (Aplausos.)

JONES.—¡Vamos! ¡Vamos! Hemos intentado empezar de nuevo, pero es demasiado tarde. No sé quién ha matado al congresista, pero, por lo que a mí respecta, es como si lo hubiese matado yo mismo. El no tenía nada que hacer aquí. Le dije que no viniese.

"Entregad vuestra vida con dignidad, no os abandonéis a las lágrimas ni al sufrimiento. No haréis más que pasar a otro plano. (Sollozos y gritos en el fondo sonoro.) ¡Basta de crisis de nervios! ¡No es así como mueren los comunistas socialistas! Hijos míos, sólo os vais a quedar dormidos. ¡Oh, Dios!

"Madre, madre, por favor, no hagáis eso. Entregad vuestra vida junto con la de vuestro hijo. ¡Por fin libres! ¡Dominad vuestras emociones! No os dolerá, hijos míos. Si sois sensatos... (Música al fondo. Los niños siguen llorando.) Poco importan estos gritos, la muerte es un millón de veces preferible a unos días más en esta vida. Si supieseis lo que os espera, estaríais contentos de dar hoy este paso.

"Os lo ruego, dejar de excitar a vuestros hijos. ¡Qué incapacidad! Daos prisa, hijos míos. ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! No más sufrimientos. No más sufrimientos. ¿Veis? Basta con beber para quedarse dormido. Es así la muerte: el sueño. Tened confianza. Hay que dar ese paso. No éramos de este mundo.

(La banda sonora acaba con un largo silencio solamente interrumpido por una música fúnebre que se torna más macabra a medida que se debilitan las pilas del magnetófono. El sonido se interrumpe antes de que pueda oírse el pistoletazo que acabó con la vida de Jim Jones y que probablemente él mismo se disparó.) ■